

neralmente sabido que sólo para observar mis movimientos, mandaron 4,000 con Guadarrama? Pues entonces ¿cómo quería Arellano sacrificar de una manera tan infame al Emperador y sus 1,000 caballos?

Hasta aquí el proyecto visible de Arellano: el oculto y verdadero era deshacerse del Emperador á toda costa para proceder luego como le conviniera, á cuyo fin no se paraba Arellano en los medios, sino que echaba de la ciudad á S. M., como una cosa que le estorbaba, y lo arrojaba al enemigo para que cebara su encono: más claro, lo echaba de carnada á los sitiadores para que lo despedazaran.

La tenaz resistencia de Arellano para romper el sitio en circunstancias en que esto era fácil; y su conducta para con el Soberano que mi detractor acaba de revelarnos en la comunicación oficial que estoy refutando, me autorizan para raciocinar de este modo: porque la razón natural dicta que el que con 9,000 hombres consideró imposible romper el sitio cuando estaba débil y los sitiados fuertes, no podía tener intención de verificarlo con 4,000 que se encontraban ya débiles, cuando los sitiadores estaban fuertes. En cuya virtud, por consecuencia natural, se comprende que Arellano tenía una mira secreta, la cual, en aquellas circunstancias, no podía ser otra que la de sacrificar al ejército de Querétaro, entregándolo al enemigo por medio de convenios vergonzosos, bajos y humillantes, ó por una capitulación deshonrosa que hubiera hecho aparecer conveniente, necesaria, indispensable é inevitable, y que con su astucia, con su malicia y su mala fe, hubiera comprometido á firmar á algunos generales que no hubieran comprendido toda su perfidia, como sucedió con la comunicación del 11 de abril, de que estoy hablando.

Para que mejor se conozca la infamia de Arellano, llamo la atención sobre sus palabras: hipócritamente dice que daba el paso de hacer salir de la plaza al Emperador para salvarle, cuando lo que hacía verdaderamente era entregarle en manos de sus enemigos. O Arellano no conocía á S. M., ó tuvo el atrevimiento de insultarle con esa proposición, porque el Soberano ni necesitaba, ni quería que le salvase nadie: estaba resuelto á todo y tenía valor sobrado para morir heroicamente cuando llegara el caso, con su cabeza erguida, su mirada quieta y su corazón tranquilo, como lo verificó; mientras que Arellano se escondía brincando las azoteas como un cobarde.

Dice á continuación Arellano "que luego que se supiese en Querétaro que yo había sido derrotado, se rompería aquel sitio, cuya medida

de salvación era la única que podía tomarse en tales circunstancias." Y yo pregunto, si el mismo Arellano confiesa aquí que la rotura del sitio era la única salvación del ejército, ¿por qué se opuso á ella cuando yo la propuse en mejores circunstancias? Y á continuación, culpando al Emperador, asienta que esa medida se le propuso un mes antes de la traición de López; luego con más razón debo yo y todos los buenos mexicanos culpar á Arellano, por haberse opuesto á esto mismo que yo propuse no uno, sino dos meses antes, *porque era la única salvación del ejército*, como Arellano acaba de confesar.

La verdad de lo que he dicho respecto de que ó Arellano no conocía al Emperador, ó quiso insultarle con la proposición absurda que le hizo, se prueba con la contestación noble y grandiosa, digna del Emperador de México, que dió S. M. inmediatamente sin perder un instante, y que debió ruborizar y hacer bajar los ojos á los que la firmaron. Hé aquí las hermosas palabras de esa soberana contestación que la historia debe transmitir á la posteridad con letras de oro: *Estoy decidido á no separarme de Querétaro, porque si hay gloria en permanecer aquí, reclamo de ella la parte que me toca y si por desgracia llegamos á sucumbir, quiero tener en el peligro común, también la parte que me corresponde.*

Dije antes que el objeto oculto de Arellano, al pretender que el Emperador saliese de Querétaro, era el de inducir al ejército á una capitulación vergonzosa; y como tengo la costumbre de probar todo lo que digo, lo hago aquí, con las mismas palabras de Arellano que sienta en seguida de la contestación del Emperador; dicen así: "Por desgracia, el general Mejía no llegó á salir á la plaza. *Mezquinas pasiones é intrigas que tenían por objeto una capitulación*, aniquilaron el único medio que quedaba, etc.....

Lo mismo que los de Querétaro estuvieron allí sitiados setenta días, estuvieron en México otros setenta los valientes á quienes tuve la gloria de mandar, y á pesar de que no teníamos al Emperador en la plaza; no obstante que desde el 15 de Mayo, los mismos sitiadores nos notificaron la pérdida de Querétaro; sin embargo de que seguimos paso á paso los acontecimientos de aquella desgracia hasta saber la muerte del Soberano, estando plenamente convencidos de que todo había concluído y no nos quedaba recurso alguno, y teniendo la creencia de sucumbir bajo la cuchilla del sitiador, no capitulamos: no hubo

allí, gracias á Dios, ninguno que tuviera tan cobarde pensamiento; las puertas de la capital, como si fuesen de pesado bronce, carcomido en sus cimientos, cayeron por su propio peso, sin poder evitarlo, y el sitiador halló en sus puestos á los defensores de México, con los ojos abiertos y la espada en la mano, empuñando el fusil y al pie de sus cañones, teniendo la frente levantada, su mirada marcial, sereno el rostro y el corazón tranquilo, resueltos á sufrir la suerte de la guerra, como soldados leales que habían cumplido su deber y como buenos mexicanos amantes de su patria.

Ya tengo dicho que en Querétaro no se necesitaba de la libranza de Vidaurri para conseguir dinero, puesto que la fuerza de las circunstancias autorizaba para ello suficientemente; y como en este momento hallo comprobada esta verdad por las palabras de Arellano, voy á repetir las, á fin de que se vea que tengo razón en lo que digo; hélas aquí: "La escasez de dinero, también era extraordinaria, y con suma dificultad *se conseguía diariamente*, una parte de la cantidad necesaria *para pagar los cuerpos*." Es decir, que, aunque con dificultad; pero se conseguía lo necesario *diariamente*.

Más adelante estampa Arellano estas palabras, que son muy notables y deben tenerse muy presentes:

"En el ejército, que ni se sospechaba la traición de que era víctima, el entusiasmo se extinguía gradualmente, y el Emperador para sostenerlo en sus soldados y revivir en ellos la moral perdida, tuvo que recurrir á todas las estratagemas que son permitidas en el derecho de gentes; con este fin, y confiando en la probabilidad de que el general Márquez ya estaría cerca de Querétaro, el *nuevo jefe de estado mayor daba autorizadas con su firma y con su carácter oficial noticias falsas anunciando la llegada de los auxilios tan largo tiempo esperados. El Emperador y los generales Miramón y Arellano propagaban estas noticias y garantizaban la exactitud de ellas para obtener el resultado propuesto, durante el último periodo del sitio. El Emperador se vió obligado á inventar el texto de comunicaciones que fingía haber recibido de Márquez y de Vidaurri, y en las cuales éstos le participaban que pronto estarían sobre las fuerzas sitiadoras y le daban noticia de la organización que habían dado á sus tropas. Estas comunicaciones fueron certificadas y publicadas por el jefe de estado mayor para dar á su contenido toda la fuerza de la verdad. Los felices acontecimientos que ellas anunciaban, fueron*

celebrados con repiques y salvas de artillería; la multitud acogía esta demostración con entusiasmo, etc.".....

.....
Aquí tenemos confesado por Arellano, y probado con el *Boletín Oficial* de Querétaro de aquel la época, que se engañaba al ejército respecto de mí, publicándose noticias falsas relativas á mi arribo á aquella ciudad, é inventándose comunicaciones más, que yo no había mandado, y celebrándose las buenas noticias que ellas contenían con repiques y salvas de artillería. Esta es la razón por qué en aquella plaza se creyó tan á puño cerrado, que yo había ido á México para sacar su guarnición, que hasta el día no faltan ilusos que continúen creyendo esa mentira, la cual se les presentó como una verdad tan positiva, autorizada con documentos oficiales en que figuraba mi firma y con el testimonio de la palabra del Emperador, de su jefe de estado mayor y de sus principales generales; que á pesar de haber hecho en mi *Manifiesto* minuciosamente todas las explicaciones del caso, y presentado las cartas del Emperador en que me decía lo contrario de lo que se aseguraba en Querétaro, aún hay pobres gentes, de entendimiento muy cerrado, que no pueden comprenderlo. Pero felizmente, Arellano ha cuidado de hacer esta revelación importante que pone de manifiesto la verdad, que acabará por convencer á los más tercos, y que forma mi mejor vindicación en este punto.

Luego dice mi detractor: "El 26 de abril el Emperador comprendió claramente la traición de Márquez. Había recibido en aquellos momentos, noticias pormenorizadas acerca de los torcidos consejos que aquél le daba y de los proyectos por él formados, y que eran ignorados por Miramón y por Arellano. Persuadido, pues, el Emperador, de la deslealtad del hombre que pretendía sacrificarlo, etc.".....

Voy á dar el *mentis* más completo á mi calumniador con las palabras del mismo Soberano.

A fojas 38 de mi *Manifiesto* está inserta una carta del Emperador dirigida al señor Irribarren, ministro de gobernación en México, recibida y entregada por mí á dicho señor, descifrada por el padre Fischer, secretario de S. M., y presentada por mí al consejo de ministros en junta extraordinaria que convoqué inmediatamente para ese fin.

Dicha carta es de 29 de abril y comienza así: "Hemos recibido vuestras cartas de 15 y 17 del corriente en que avisáis el buen estado

de defensa en que se encuentra esa capital y las seguridades *de conservar*la sin ningún peligro.”

Aquí se ve claramente que habiendo contestado el Emperador al señor Iribarren con fecha 29, S. M. recibió las cartas á que contesta tres ó cuatro días antes, esto es el 25 ó 26, diez días después de salida de México la de fecha 15; por consiguiente, estas eran las noticias que el Emperador tenía de mí el día 26. Y en vez de mi deslealtad, de mis torcidos consejos y de mis proyectos, S. M. sabía que estaba yo sitiado en la capital, batiéndome diariamente y haciendo los mayores esfuerzos por conservar la plaza que me había confiado. Y lejos de estar desagradado de mí, comienza su carta diciendo que “queda enterado del buen estado de defensa en que se encuentra la capital y de las seguridades de *conservarla* sin ningún peligro.”

Y para que quede mejor probado que es mentira lo que dice Arellano, respecto de que el Emperador me esperaba con auxilios el 26 de abril, y estaba disgustado porque yo no llegaba, veamos lo que dice S. M. más adelante en su misma carta:

“Anteayer ordenamos al bravo Miramón atacar á la línea enemiga establecida en el Cimatario, defendida por 10,000 hombres con 20 piezas de artillería. Una hora bastó á nuestros soldados para derrotar á esos 10,000 hombres, quitándoles las 20 piezas, haciéndoles más de 500 prisioneros y dispersando el resto de esa numerosa fuerza.”

Aquí explica el Emperador que está triunfante: no manda que la guarnición de México vaya á Querétaro: no pide auxilio alguno, y al contrario, continúa con este párrafo:

“Acaso muy pronto obligaremos á los sitiadores á levantar su campo, derrotándolos por completo, y en seguida marcharemos en auxilio de nuestra querida capital.”

Es decir: que en lugar de que el Emperador necesitara que lo auxiliasen, antes bien S. M. ofrece ir personalmente en auxilio de México, cuya conservación desea, explicando su importancia con las palabras de: *nuestra querida capital*; y para que no quede duda alguna, y para que su voluntad sea más puntualmente cumplida, concluye su carta con este párrafo, que es la orden más clara, precisa y terminante:

“*Importa, pues, y jamás os lo recomendaremos bastante, que esa plaza se sostenga enérgicamente*: que se aumente sin descanso su material de

guerra; y que se ponga en estado de bastarse á sí misma y *de resistir por largo tiempo*.”

Con lo expuesto basta para probar que es mentira lo que asienta Arellano al decir que el 26 de abril tuvo el Emperador el desengaño de esa deslealtad mía, que jamás existió ni en la cabeza destornillada de mi calumniador, por más que él repita que la cree; puesto que demasiado sabe que es mentira todo cuanto dice contra mí:

Más adelante dice Arellano: “No se pasaba un sólo día sin que el Emperador no escribiese dos ó tres cartas al célebre lugarteniente del Imperio, excitándole para que *remitiese* á la plaza de Querétaro, los recursos de que había tan urgente necesidad. Bastará copiar entre esa multitud de cartas, la escrita en 7 de Mayo, pues ella basta para dar una idea de la situación en que se hallaban las tropas imperiales.”

Hé aquí la carta: “Mi querido general Márquez:—El estado físico y moral, en que después de sesenta y cuatro días de sitio riguroso se encontraba nuestro ejército y el pueblo de Querétaro, hace que la defensa de la plaza sea imposible por un período de tiempo más largo.

“*Os remitimos juntos con la presente algunos ejemplares de los decretos que nos hemos visto obligados á expedir, y ellos os darán idea de la penosa situación que guardamos.*”

“El bien de la nación y del ejército, la salvación de esta leal é importante ciudad *exigen que diariamente me mandéis tres correos escoltados por veinte y cinco ó cincuenta caballos para que puedan penetrar en la plaza por sorpresa*. Es de absoluta necesidad que por este medio nos déis noticias de vuestra venida, del día en que vuestras tropas ataquen á los sitiadores, por qué puntos y la dirección que seguiréis, lo mismo el avance que tengáis en vuestra marcha. Esta última parte de vuestras instrucciones es de la más alta importancia porque nuestra permanencia en Querétaro ya es casi imposible.

“Nuestro ejército ha desplegado en su crítica situación y en espera de los recursos que habíais de mandar, un heroísmo y un estoicismo sin igual; ante la patria y ante la historia seréis, pues, el único responsable de las consecuencias que resulten de vuestra tardanza, que ya excede á todo límite prudente.—*Maximiliano*.”

Al pie de este documento hay una nota que dice así: “*Esta carta fué redactada por Arellano, y conforme á la voluntad del Emperador, traducida á la clave convenida, por su Secretario D. Luis Blasio.*”

¡Cuántas reflexiones se desprenden del contenido de esta carta! ¡qué fortuna la mía de poder destruir las calumnias de Arellano con los mismos documentos que él publica! ¡qué justo es Dios, que hace triunfar siempre la verdad, y castiga á los perversos, haciendo que ellos mismos se pongan en evidencia!

En primer lugar, ¿no acaba de afirmar Arellano que el 26 de abril, el Emperador comprendió claramente mi traición, así como que había recibido noticias pormenorizadas acerca de mis torcidos consejos y de los proyectos formados por mí? Pues entonces claro está que desde aquel día nada podía esperar ya de mí, y mucho menos que yo lo auxiliase. ¿Cómo es que once días después, el 7 de mayo, el Emperador me pide auxilio y todas las noticias relativas á mi marcha sobre Querétaro, revelándome la situación crítica de la plaza, en términos que no se puede hacer sino con persona de la más absoluta confianza, probando así la misma carta que el Soberano me conservaba intacta la suya, de que siempre disfruté y sin que hubiese nada que pudiera haberla disminuído? ¿Por qué razón en el tercer párrafo de la carta se habla en sentido de que yo iba, y en el cuarto de los recursos *que yo había de mandar*? ¿no escribió S. M. el 29 de abril al señor Iribarren la carta que dejo citada, en la cual dijo el Soberano que quedaba enterado de estar yo sitiado en México, y me mandó de la manera más terminante y precisa, que defendiese la capital hasta que S. M. fuera á auxiliarla? Pues entonces ¿cómo es que ocho días después de enviada esa carta, me había de prevenir que marchase á Querétaro, cuando sabía perfectamente que no podía yo hacerlo porque estaba sitiado en la capital? ¿cómo es que teniendo el Emperador conocimiento de esta imposibilidad, así como de que estaba yo cumpliendo con mi deber, y batiéndome de día y de noche, había de hacerme responsable de lo que sucediese en Querétaro, que no me era posible evitar? ¿Cómo es que, según dice Arellano á continuación de la carta, dos días después de enviada, esto es, el 10, el Emperador de acuerdo con Miramón y Arellano formó la resolución de romper el sitio, cuando la carta dice, que esperaba mis noticias?

A primera vista se descubre, ó que no es cierta la existencia de esa carta, ó que el Emperador, no queriendo, por falta de confianza en Arellano, revelar la situación que yo guardaba, dejó que escribiese todo lo que quisiera. Y á fe que se lució el tal secretario al redactar ese documento, porque en él, lo mismo que en todo lo que hizo, dió

una prueba palmaria de su *elevado talento*, de su *vasta capacidad*, de su *buen inteligencia*, de su *genio militar*, y, sobre todo, de su *buena fe*. ¿Cómo creyó que podría atravesar la línea de los sitiadores de Querétaro y llegar hasta México sin novedad, el correo que mandaban con esa carta, acompañando á ella ejemplares de los decretos dados por el Soberano, cuando la más pequeña comunicación reducida en su tamaño al último extremo, era casi imposible que pasara? ¿Cómo tuvo corazón Arellano para exponer así al infeliz correo, teniendo la seguridad de que ni le era posible ocultar pliegos tan grandes, ni había la menor duda en que lo fusilaría el enemigo inmediatamente que se los encontrara? De suerte que lo mandaba á una muerte infalible. Y ¿cómo le hizo firmar al Emperador una carta en que me prevenía que diariamente le mandase tres correos escoltados por veinticinco ó cincuenta caballos para que pudiesen penetrar en la plaza por sorpresa? ¿qué, de veras creyó que esto era posible? ¿quiso burlarse del Soberano? En el primer caso, Arellano es un imbécil; en el segundo, es un traidor. ¿Dónde ha visto ó dónde ha leído este general de nuevo cuño que veinticinco ó cincuenta caballos puedan penetrar de ningún modo en una plaza sitiada por más de 30,000 hombres? ¿Cómo consideró que esta pequeña partida de caballería podía sorprender á los 30,000 sitiadores é introducirse en la plaza? Y lo que es todavía peor, ¿cómo le hizo creer al Emperador que dicha sorpresa podía ejecutarse felizmente tres veces al día y repetirse todos los días? De manera que Arellano creyó seguramente que los sitiadores estaban siempre dormidos para que así se dejasen sorprender diariamente, tres veces en cada día. ¡Qué tal el señor general! ¡Qué entendido es en todo, y principalmente en esto de las sorpresas! ¡Desgraciado el enemigo que tenga que habérselas con él, porque de seguro lo sorprende!

Inútil me parece advertir que dicha carta no llegó á mis manos, ni era posible que llegara, según queda demostrado, y ya se sabe que aunque hubiera llegado ésa y otras ciento, y otras mil, era lo mismo; puesto que nada podía yo hacer porque estaba sitiado.

Llamo la atención respecto de dos puntos: primero, que consta declarado por el mismo Arellano en su folleto, que para enviarme una vez á un correo con pliegos importantes, tuvieron en Querétaro que emprender un ataque en forma sobre la garita de México, el cual fué desgraciado, sin que pudiera salir el correo, según lo atestiguan otros

escritores; y ahora dice que "no pasaba un solo día sin que el Emperador no me escribiese dos ó tres cartas, ¿por dónde pasaban esos correos, y dónde se encontraban tantos que pudiera disponerse de tres todos los días, cuando sabido es que en esas circunstancias cuesta muchísimo trabajo encontrar quien se resuelva á desempeñar tan arriesgada comisión, en que se tienen noventa y nueve probabilidades de perder la vida por una de salvarla, y por lo cual casi todos se niegan á ello.

Oigamos á Hans en su capítulo tercero refiriendo un reconocimiento ejecutado por las tropas de Querétaro sobre la garita de México:

"Esta operación, dice, tenía por objeto hacer pasar entre las líneas de sitiadores, á favor del combate, algunos correos para el general Márquez, etc."..... Y luego agrega: "El enemigo resistió nuestra columna, y aunque valerosamente conducida, *volvió sin haber hecho nada notable.*" Es decir, que ni aún así pudieron pasar los correos.

Y al concluir Hans su capítulo quinto, dice:

"Los sitiadores aumentaban sus trabajos de ataque, el número de sus baterías y su efectivo.

"El sitio se estrechaba cada día más. *Ninguno de nuestros correos podía lograr pasar por entre los sitiadores; muchas veces veíamos á algunos de ellos colgados al frente de nosotros.*"

Segundo: que supuesto que la carta de que acabo de hablar fué redactada por Arellano, como él mismo lo dice, eso explica que él era quien instigaba constantemente al Emperador contra mí. Y el hecho de haber dejado S. M. que la escribiese, cuando sabía muy bien cómo estaba yo en México, prueba que lo que el Soberano quería era quitarse de delante á tan *entendido* consejero.

XVIII

Por qué sucumbió Querétaro*

De esta manera empieza Arellano su capítulo XVIII:

"A las grandes dificultades con que luchaba el ejército imperial por

* Resumen del capítulo respectivo del libro de Arellano:—El general Mejía promete armar al pueblo de Querétaro, y se trasfiere por esto el rompimiento del sitio para dentro de tres días.—El Emperador pide á los generales comandantes de las tres armas una relación acerca del estado de la plaza.—Hace constar la conducta del general Márquez y la responsabilidad que ha caído sobre él.—Se hacen preparativos para salir el 14 de mayo.—Petición de Méndez.—Traición de López.—Parte que en la traición tomó el tráfuga Vélez.—El Emperador señala á Márquez como al principal traidor.

la traición de Márquez, se agregaron otras después debidas á las circunstancias. Una de las principales fué el deseo secreto que tenían los generales Mejía, Méndez y otros de capitular con los republicanos.

"Mejía permaneció la mayor parte del tiempo que duró el sitio, encerrado en una casa, por motivo de la enfermedad que le aquejaba; Méndez también hizo lo mismo; pero sin embargo tomó parte, hasta el 27 de abril, en las principales acciones que se dieron durante el asedio."

He copiado al pie de la letra estos dos párrafos, porque ellos pintan la situación de Querétaro. Por el primero consta que efectivamente se pensaba en una capitulación, lo cual prueba que estaban demasiado convencidos de que no era posible que recibiesen auxilios de la capital. Y por el segundo se ve que los principales generales permanecían retraídos en sus casas, sin querer tomar parte en los negocios, por no estar conformes con las disposiciones de Miramón y Arellano, que se habían apoderado de la situación. Luego dice:

"Tan luego como el general Mejía supo la resolución que se había tomado para terminar la defensa de la plaza, se presentó al Emperador declarándole que ya estaba restablecido de sus males y le ofreció levantar 8,000 hombres del pueblo en el espacio de 24 horas, *si se prescindía de la idea de abandonar á Querétaro.*....."

Aquí está la prueba de lo que tengo dicho desde el principio respecto de que dicho general, así como las personas más visibles de la población, fueron las que se opusieron siempre á que el ejército saliera de Querétaro, y tuvieron la culpa, por lo mismo, de que permaneciésemos allí hasta que el enemigo llegó, porque lograron persuadir al Emperador de los peligros imaginarios que le pintaron, para que no saliese de la ciudad; y éstos, y no yo, fueron la causa de ello. Y para que esta prueba tenga todavía mayor fuerza, el mismo Arellano que á continuación asienta que todos los ofrecimientos del general Mejía quedaron reducidos á la nulidad, concluye su párrafo con estas palabras: "El 14 de mayo declaró por fin que sólo le había sido posible reunir 160 hombres. *Su objeto había sido detener á las tropas imperiales, por 4 días, para imposibilitar su salida y obligarlas á capitular.*"

Luego inserta Arellano algunos párrafos de una relación histórica del sitio de Querétaro, que según dice fué redactada por él y man-